

# DÍNAMO

Lunes 19 de diciembre de 2016 · Nº 9



Ilustración: Ramiro Alonso

La geopolítica que viene

## Nuevo desorden mundial

# La elección estadounidense: ¿ya pasó o sigue?

Casi todos están asombrados por la victoria de Donald Trump. Se dice que incluso Trump se asombró. Y, por supuesto, ahora todo el mundo está explicando cómo fue que ocurrió, aunque las explicaciones sean diferentes. Todos están hablando de las grietas profundas que creó la elección (¿o que reflejó?) en el cuerpo político estadounidense.

No voy a añadir uno más de tales análisis a la larga lista que ya me cansé de leer. Sólo quiero concentrarme en dos puntos: cuáles son las consecuencias de esta victoria de Trump, primero, para Estados Unidos, y segundo, para el poderío estadounidense en el resto del mundo.

Internamente, los resultados, no importa cómo los mida uno, mueven a Estados Unidos significativamente a la derecha. No importa que Trump, de hecho, haya perdido el voto popular nacional. Y no importa que si a Trump le hubieran faltado tan sólo 70.000 votos en tres estados (algo así como menos de 0,09% del total de votos emitidos), Hillary Clinton habría ganado.

Lo que importa es que los republicanos ganaron lo que se conoce como la "trifecta" -el control de la presidencia, ambas casas de representantes y la Suprema Corte-. Y aunque los demócratas puedan ganar de nuevo el Senado, y aun la presidencia en cuatro u ocho años, los republicanos se aferra-

rán a la mayoría de la Suprema Corte por mucho más tiempo.

No hay duda de que los republicanos están divididos en puntos importantes. Esto es visible justo una semana después de las elecciones. Trump ya comenzó a desplegar su lado pragmático y, por tanto, sus prioridades: más empleos, reducción fiscal (pero de ciertos tipos) y salvar partes del Cuidado de Salud Asequible (*Obamacare*) que son ampliamente populares. El *establishment* republicano (un *establishment* bastante a la derecha) tiene otras prioridades: destruir Medicaid, y aun Medicare, diferentes tipos de reforma fiscal y echar atrás al liberalismo social (como los derechos de aborto y el matrimonio gay).

Queda por ver si Trump puede derrotar a Paul Ryan (la figura clave en esa ala derecha con sede en el Congreso) o si Ryan refrenará a Trump. La figura clave en esta lucha parece ser el vicepresidente Mike Pence, que se ha posicionado de modo muy notable como el verdadero número dos en el despacho presidencial (como lo hiciera Dick Cheney).

Pence conoce bien el Congreso, es ideológicamente cercano a Ryan, pero le es leal a Trump. Él fue quien escogió a Reince Priebus como jefe de Gabinete para Trump; lo prefirió a él antes que a Steve Bannon. Priebus está a favor de unir a los republicanos, mientras Ban-

non reivindica atacar a los republicanos, que son menos que 100% leales a un mensaje de ultraderecha. Aunque Bannon obtuvo un premio de consolación como asesor interno, es dudoso que vaya a tener algún poder real.

Pase lo que pase con esta lucha interna de los republicanos, sigue siendo cierto que la política estadounidense se corrió significativamente a la derecha. Tal vez el Partido Demócrata se reorganice como un movimiento más de izquierda y más populista, y sea capaz de contender con los republicanos en futuras elecciones. Eso también está por verse. Pero la victoria electoral de Trump es una realidad y un logro.

Volteemos ahora de la arena interna en la que Trump ha ganado y tiene poder real al ámbito externo (el resto del mundo), donde no tiene virtualmente nada. Utilizó en su campaña el lema "Hacer de nuevo grande a América". Lo que dijo, una y otra vez, fue que, de ser presidente, aseguraría que otros países respetaran (es decir, obedecieran) a Estados Unidos. En efecto, aludía a un pasado en que Estados Unidos fue "grande" y decía que recuperaría ese pasado.

El problema es muy simple. Ni él ni ningún otro presidente -sea Hillary Clinton o Barack Obama o, para el caso, Ronald Reagan- puede hacer mucho sobre la avanzada decadencia del otrora poder hegemónico. Sí, Estados Unidos

alguna vez dominó el gallinero, más o menos entre 1945 y hasta cerca de 1970. Pero desde entonces ha ido decayendo sostenidamente en su capacidad para hacer que otros países lo sigan y hagan lo que quiere.

La decadencia es estructural, y no es algo que pueda hacerse surgir del poder de algún presidente estadounidense. Por supuesto que Estados Unidos sigue siendo una increíblemente poderosa fuerza militar. Si utiliza mal este poderío militar, puede hacer mucho daño al mundo. Obama era muy sensible en cuanto a estos daños potenciales, lo que da cuenta de todas sus dudas. Y Trump fue acusado a lo largo de toda su campaña electoral de no entender esto y, por tanto, de ser un portador peligroso del poderío militar estadounidense.

Pero, aunque le es posible ocasionar daño, hacer lo que el gobierno estadounidense pueda definir como bueno parece virtualmente algo que rebasa el poder de Estados Unidos. Nadie, e insisto en que nadie, seguirá hoy la conducción de Estados Unidos si piensa que sus propios intereses son ignorados. Esto es cierto no sólo para China, Rusia, Irán y, por supuesto, Corea del Norte. Es cierto también para Japón y Corea del Sur, India y Paquistán, Arabia Saudita y Turquía, Francia y Alemania, Polonia y Estados bálticos, y nuestros antiguos aliados especiales, como Israel, Gran Bretaña y Canadá.

## El factor Trump y el pasmo de Peña Nieto

“Incertidumbre” y “pasmó” son las dos palabras que definen el estado de ánimo y la actitud del poder real y de los administradores de sus intereses en el gobierno mexicano ante la llegada del republicano Donald Trump a la Casa Blanca el 20 de enero.

Desde la invasión estadounidense de 1846-1848, el factor Estados Unidos no había estado tan presente en la escena política mexicana. Si bien no hay un conflicto militar en puerta, sí está anunciada y dibujada una guerra comercial con la revisión del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), que, según las propuestas de campaña de Trump, podría llegar acompañada de deportaciones masivas de mexicanos indocumentados y la profundización del muro secesionista que comenzó a construirse a finales de los años 70 en California.

El punto de deslinde entre Trump y Enrique Peña Nieto no será ideológico ni doctrinario, sino político-económico. A 40 días de que Trump ocupe la Oficina Oval, las autoridades mexicanas no han dicho cómo piensan enfrentar la eventualidad de un drástico cierre de fronteras, una devaluación permanente del peso frente al dólar, la deportación de miles de mexicanos sin papeles, la pérdida de diez millones de empleos directos e indirectos por la

salida del mercado estadounidense de las manufacturas mexicanas, la caída de remesas por temor a su confiscación, una inflación de dos dígitos, tasas de interés al alza y una ola creciente de violencia social e inseguridad pública.

Hasta ahora, las agresivas declaraciones de Trump, durante la campaña y como presidente electo, no han sido consideradas peligrosas por las autoridades locales. Argumentan que hay que esperar a ver qué aplicará realmente. Aunque todo indica que la política proteccionista se aplicará, el gobierno de Peña Nieto permanece congelado con la idea de que una vez instalado en la Casa Blanca el republicano “recapacitará”. Dicen que el “verdadero Trump” está “por verse” y, se asegura, será “para bien”.

A comienzos de diciembre, Trump dijo que está “abierto a los negocios”, pero que aplicará un impuesto de 35% a las empresas que “exportan” puestos de trabajo a terceros países y después quieren “vender sus productos, coches, aires acondicionados, etcétera” de regreso a su país de origen. El destino de muchas de esas plazas laborales “exportadas” es México, cuyo principal atractivo es el ínfimo costo de la mano de obra, aderezado con “incentivos fiscales” y otras concesiones. Como presidente electo, Trump ya logró cancelar



tres grandes proyectos privados de “exportación” de empleos a México. Dada la creciente dependencia económica con el vecino del norte, una eventual sacudida en ese sentido sería de pronóstico reservado para el eslabón más débil de la cadena.

En ese contexto, y mientras las versiones hablan de un acercamiento a nivel de “cuates” -es decir, al estilo mexicano, en lo oscuro-, la Secretaría de Economía insiste en que México está listo para “modernizar” el

TLCAN, a soslayo de la intención del presidente electo de Estados Unidos de colocar el embudo con la boca grande hacia su causa.

Economistas especializados han señalado que los primeros 100 días serán claves para conocer las disposiciones inmediatas del republicano. No obstante, se prevé que las inversiones de las corporaciones estadounidenses en México resientan un freno inminente o una *impasse* en el corto plazo, ya que toda empresa busca tener reglas de juego claras para invertir. En el peor escenario, el país podría entrar en recesión si en un par de meses del año entrante se produjera una inversión negativa.

Cabe acotar que el vicepresidente electo de Estados Unidos y líder de la transición, Mike Pence, reiteró las propuestas de campaña de Trump. Cuando hace unos días se le recordó que Peña Nieto dijo que México no pagaría el muro, Pence respondió que está pendiente la renegociación del TLCAN y que ello incluye la seguridad fronteriza: “Vamos a asegurar la frontera. Vamos a construir el muro. Vamos a poner fin a la inmigración ilegal de una vez por todas y encontraremos una manera de que nuestros vecinos paguen por ello”.

En ese sentido, el anuncio de que el general retirado de los marines John

# El huevo del serpentario Trump

Estoy bastante seguro de que Trump todavía no se percató de esto. Hará alarde de las victorias fáciles, como finalizar pactos comerciales. Utilizará esto para probar la sabiduría de su actitud agresiva. Pero dejemos que intente hacer algo respecto de Siria -lo que sea-, y muy pronto se desilusionará de su poder. Es muy poco probable que se retracte de la nueva relación con Cuba. Y puede llegar a darse cuenta de que no debe deshacer el arreglo con Irán. En cuanto a China, los chinos parecen pensar que pueden hacer mejores arreglos con Trump que los que habrían sido capaces de concretar con Clinton.

Entonces, estamos ante un Estados Unidos más de derecha en un sistema-mundo más caótico, donde el proteccionismo es el principal tema para casi todos los países y con un apretón económico a la mayoría de la población mundial. ¿Ya terminó? De ninguna manera, ni en Estados Unidos ni en el sistema-mundo. Es una lucha continua en torno a la dirección que habrá de asumir y deberá asumir el futuro sistema-mundo (o sistemas). ■

Immanuel Wallerstein

Traducción: Ramón Vera-Herrera

Una primera versión en inglés de este artículo se publicó en el blog de Immanuel Wallerstein. La versión en español que aquí se consigna se publicó originalmente en *La Jornada* de México. La publicación en *Dínamo* fue autorizada por el autor.

Kelly será el encargado de Seguridad Interior no es nada halagüeño para México. Kelly -tercer general llamado al gabinete junto con James Mattis como secretario de Defensa y Michael Flynn como asesor de Seguridad Nacional- ha insistido en la necesidad de imponer mayor seguridad en la frontera con México. En enero se jubiló, después de estar al frente del Comando Sur y de la base militar de Guantánamo, cuyas principales misiones son programas de capacitación castrense y abordar las llamadas “amenazas asimétricas “transfronterizas” de la guerra contra el narcotráfico y la migración ilegal. En 2015, Kelly, quien ha vinculado la amenaza del terrorismo al control de inmigración, alertó al Congreso de que “organizaciones terroristas” podrían utilizar las mismas rutas y redes ilícitas de contrabando humano para “mover operativos con intenciones de causar daños graves” a ciudadanos estadounidenses y hasta “traer armas de destrucción masiva” a Estados Unidos. Como parte de ello, resaltó la “vulnerabilidad” que presenta la frontera con México. ■

Carlos Fazio, desde Ciudad de México



**D**ijo que va a aniquilar al ISIS. Cuando se le preguntó, no quiso decir cómo. Nadie, hoy, puede descartar que recurra a las armas nucleares tácticas en Medio Oriente. ¿Por qué no? Han estado siempre en el repertorio de respuestas militares posibles de Estados Unidos. Se acopla a su “Make America Great Again”.

No me digan que el sistema lo va a frenar. Como bien dijo el compañero Carlos Luján, recordemos que muchos dijeron que este loco desmesurado, xenófobo, racista no podía prosperar. Lo dijeron cuando surgió. Lo repitieron cuando empezaron las reacciones dentro del Partido Republicano y pronosticaron que el sistema tenía sus mecanismos de equilibrio. Terminaron en una pobre especulación, sobre tres estados claves donde no podía ganar.

Ganó. A pesar de su prédica machista, 42% de las mujeres lo votó. A pesar de la amenaza de deportaciones masivas, tuvo 29% de voto latino. A pesar del anuncio ofensivo sobre el muro, fue recibido por el presidente de México, Enrique Peña Nieto, antes de ganar. No se trata de un simple cambio de faz en el imperio. No es una variante del sistema. Es el huevo de la serpiente. Un cambio radical hacia una tecnología del poder basada en el terror, la violencia y la supremacía autista. No de Estados Unidos, sino de su mayoría blanca. Esto supone una modalidad en la que la agresividad es intrínseca. Es un megalómano que tiene, como todo presidente de Estados Unidos, mucho poder. Está animado por la moral y la ideología que en 1915 inmortalizó D W Griffith en su film *El nacimiento de una nación*, en el que, además de usar actores blancos pintados para personificar a los negros, todos muy ladinos ellos, se rescataba y glorificaba al Ku Klux Klan como un vector fundamental en la construcción de Estados Unidos. Volvieron. Sin capuchas, acá están.

A mi entender, no abunda una consideración seria y decidida de esta nueva situación geopolítica. Varias declaraciones y varios análisis desde la izquierda colocan esto no como una urgencia, sino con evasivas. Hay una dosis de banalidad en las declaraciones. Sucedánea del miedo, del terror que infunden la prédica de Donald Trump y su *task force*, de la falta de pensamiento alternativo de fondo, en el que el liderazgo lo tenga la indignación, y no la especulación.

Frente a situaciones traumáticas como el triunfo de un sociópata como Trump, se despliegan discursos, actitudes y posiciones que parecen responder más a estos mecanismos que a una alerta política saludable de lo que tenemos por delante en el mundo. Incluido Uruguay, que parece estar siempre tan lejos de Dios y tan cerca de la Antártida.

La era Trump es una amenaza para la humanidad, y hay que reposicionar la acción política. Quizá de resistencia. Recordemos que para Uruguay el multilateralismo y el apego al derecho internacional de los derechos humanos y al derecho humanitario son vitales. Ahora sí, el tema está planteado en un terreno político esencial. Las consecuencias comerciales son importantes. Pero reducir la política exterior a un ejercicio economicista no es un buen negocio para un país como Uruguay, valga la metáfora.

En *Página 12*, Atilio Borón dice, ni más ni menos, que, en definitiva, el triunfo de Trump puede ser una oportunidad: “Los gobiernos que se ilusionaban pensando que el futuro de nuestros países pasaría por ‘insertarse en el mundo’ vía libre comercio (TTP, Alianza del Pacífico, Acuerdo Unión Europea-Mercosur) más les vale vayan aggiornando su discurso [...]. Sí, se acabó un ciclo: el del neoliberalismo, cuya malignidad convirtió a Europa en una potencia de segundo orden e hizo que Estados Unidos se internara por el sendero de la decadencia imperial. Paradojalmente, la elección de un xenófobo y misógino millonario estadounidense podría abrir, para América Latina, insospechadas oportunidades para romper la camisa de fuerza del neoliberalismo y ensayar otras políticas económicas”.

Esto no resiste ningún análisis. La contradicción principal no es proteccionismo versus liberalismo. Lo único que la izquierda debe y puede (de poder) es prepararse para un combate político de nuevo tipo. Rearmándose y desplegando el mayor arco de alianzas sociales, ambientales, de género, democráticas. Volviendo a colocar la bandera de los derechos humanos al frente del combate democrático radical. Es ahora, más que nunca, con el poder violento desnudo, la hora de los hornos.

No es necesario recurrir a la memoria de los años 30, con el ascenso del nazismo y la “oportunidad” que mal supo ver el movimiento comunista

cuando Iósif Stalin firmó el pacto Molotov-Von Ribbentrop. La historia se encargó de mostrar la “inoportunidad” de este despropósito. La socialdemocracia europea, que ya había capitulado ignominiosamente en la Primera Guerra Mundial, nuevamente quedó inerte. La intolerancia entre ambos movimientos de origen obrero fue el preanuncio del desastre. Vale la pena detenerse en la parálisis del movimiento judío, que por varios motivos, incluido el religioso, no supo reaccionar a tiempo. Mordejai Anilevich, líder del levantamiento del Gueto de Varsovia, tuvo que enfrentar duramente al Consejo Judío, que consideraba una aventura loca su combate. En 1943, cuando los trenes hacia Auschwitz y la realidad de los campos de exterminio rompían los ojos y la conciencia.

Más cercano en el tiempo, hubo sectores de izquierda en Uruguay, también en Argentina, que creyeron ver progresistas, o “coincidencias objetivas”, oportunidades en sectores militares. Todo esto parece insólito ahora. Pero en su momento condicionó una actitud de pasividad y desarme suicidas.

## Los muros caerán. Construir puentes

La izquierda viene de una crisis de pensamiento estratégico de magnitudes. De retrocesos en sus prácticas de gobierno y de abandono de la acción política revolucionaria. Ha estado de espaldas al debate mundial del medio ambiente. Creció cuando incorporó los nuevos temas de la agenda de derechos y enfrentó al *statu quo*. En el plano de su política internacional, ha estado de espaldas a una de las mayores crisis humanitarias como lo es el drama migratorio de miles de seres humanos, tanto en Europa como en nuestro hemisferio.

Se supone que el Frente Amplio está en un proceso de actualización ideológica, para discutir estrategia. Este punto es inexcusable. Omitirlo en sus dimensiones jurídica, política y humanitaria es castrar la política. Tiene mucho que ver con una nueva política exterior de la izquierda.

Lo primero es liderar la indignación. Sin derrocharla en pretendidos fogones que derrochan autocastigo. Autocrítica, sí. Pero sin tirar al niño con el agua. Se trata de buscar aliados. Contando con lo mejor y más movilizad de la juventud rebelde, anárquica, a veces desnortada, diversa, caótica. Unir todas las luchas emancipatorias. Al rescate del espíritu libertario (diferente y superior al liberalismo).

Hay aliados nuevos. Algunos con propuestas bien radicales. Veamos: “¿Quién gobierna, entonces? El dinero. ¿Cómo gobierna? Con el látigo del miedo, de la inequidad, de la violencia económica, social, cultural y militar, que engendra más y más violencia en una espiral descendente que parece no acabar jamás. Al miedo se lo alimenta, se lo manipula... Porque el miedo, además de ser un buen negocio para los mercaderes de armas y de muerte, nos debilita, nos desequilibra, destruye nuestras defensas psicológicas y espirituales, nos anestesia frente al sufrimiento ajeno y al final nos hace crueles”, dijo el papa Francisco. ■

Milton Romani Gerner

## RECESO

Dínamo descansa en enero.

Nos volvemos a encontrar en febrero.

# Indicios del fin de una era

Mucho se ha escrito sobre el vínculo entre algunas consecuencias de la globalización para importantes sectores sociales en los países desarrollados y el ascenso reciente de movimientos antisistema, particularmente de ultraderecha. El caso de Donald Trump es el más emblemático, pero no el único. Es que la globalización ha generado efectos bastante paradójicos en términos distributivos. Por un lado, un incremento fuerte de la desigualdad interna de los países, que en casos extremos, como el de Estados Unidos, ha desandado todos los avances sociales logrados a lo largo del siglo XX y ya presenta niveles de concentración superiores a los de principios del siglo pasado. Pero, por otro, una disminución de la brecha de ingresos entre países. Esto, que se expresa claramente en el ascenso actual de China -que ha sacado a cientos de millones de personas de la pobreza- y otros países emergentes, pero que ya se había manifestado antes con el ascenso de Corea, hace 25 años, o el de Japón, hace 40, tampoco se podría explicar sin la expansión del comercio internacional y la reestructuración productiva que conocemos como "globalización". Es que la creación de cadenas de valor internacionales impulsada por las grandes transnacionales se basa en la segmentación del proceso productivo y la localización de cada uno de los segmentos donde su producción sea más barata, para aprovechar las ventajas de cada localización. Así, los segmentos de producción que usan intensivamente mano de obra de baja calificación (típicamente actividades de ensamblado) se desplazan a países como México, China y Vietnam, donde los salarios son más bajos, mientras que activida-

des más intensivas en conocimiento y trabajo altamente calificado (diseño, investigación y desarrollo) se ubican en los países desarrollados, donde estos factores abundan. Ese proceso sólo es posible de la mano de una fuerte expansión del comercio internacional, ya que un mismo producto y sus distintas partes varias veces traspasan fronteras a lo largo de su proceso productivo, lo que requiere de medidas de liberalización del comercio (acuerdos multilaterales, regionales o bilaterales) y sólo se viabiliza a partir de los avances tecnológicos, principalmente las tecnologías de la información y la comunicación, que permiten coordinar y controlar en tiempo real procesos productivos complejos distribuidos por el globo. Esta menor demanda de trabajo de baja calificación asociada a la desindustrialización de los países desarrollados ha generado una tendencia a la caída en los ingresos de los trabajadores de baja calificación en varios de ellos, de forma que en Estados Unidos estos han ido cayendo en términos reales desde la década del 70 hasta ahora. Es decir, un trabajador no calificado en Estados Unidos hoy vive peor que sus padres 40 años atrás. Los efectos electorales de esos cambios están a la vista.

Trump ha manifestado a viva voz que va a recuperar esos empleos perdidos y que va a sacar a Estados Unidos de los grandes acuerdos de libre comercio. ¿Cumplirá con su palabra? La primera consideración es que, si bien importantes sectores de Estados Unidos se han visto perjudicados por estos procesos, otros se han visto beneficiados y sus compañías son grandes ganadoras de la globalización. Basta mirar la predominancia absoluta de las empresas estadounidenses respecto de



las más valiosas del mundo. Son las grandes transnacionales de origen estadounidense o con grandes intereses en Estados Unidos las que han aprovechado las ventajas de la globalización y construido las cadenas de valor. Sacar a Estados Unidos de estos acuerdos implicaría enormes pérdidas para aquellas, que ya no podrían vender en el gran mercado estadounidense sus productos hechos de esta forma. Desarmar esas cadenas, abandonando grandes inversiones en otros países, implicaría un costo que difícilmente estarían dispuestas a aceptar. ¿Trump pensará subsidiarlas como acordó en estos días con Carrier para evitar que trasladara parte de su producción a México? El costo sería difícilmente asumible y el choque con los intereses de estas empresas generaría un escenario extremo. Además, objetivamente, la producción en cadenas de valor implica costos sustancialmente menores, en parte por la mayor eficiencia productiva por la especialización y en parte por aprovecharse de los menores salarios y costos tributarios y regulatorios en países más pobres. Romper con eso también

implicaría un incremento de costos y precios para las empresas americanas con consecuencias en su capacidad de competencia global.

Por otra parte, esa actitud proteccionista tendría otra consecuencia en clave geopolítica. El comercio para las grandes potencias es también un instrumento de influencia política. Los países que colocan su producción en los mercados de esas potencias generarán dependencia hacia ellos, lo que facilita la influencia política de los intereses de las potencias. Así, México, que coloca 80% de sus exportaciones en Estados Unidos, tiene el centro de sus intereses en ese país y no participa activamente en los procesos de integración latinoamericana. Esto tiene consecuencias evidentes en términos de poder global. Un Estados Unidos más proteccionista y aislado comercialmente perdería mucho peso internacional. Y ese espacio no quedaría vacío. China está desarrollando una activa política para usar su también enorme mercado interno como arma para ganar influencia global y aliados. Si bien su posición global actual está aún muy por detrás de la de Estados Unidos, viene acortando distancias a gran velocidad. La tentación de Estados Unidos de compensar esa tendencia con una mayor agresividad militar es una posibilidad inquietante.

Por otra parte, en lo que a aspectos monetarios refiere, Trump ha cuestionado repetidamente a la Reserva Federal por el bajo nivel en que mantiene la tasa de interés. La salida de la crisis en Estados Unidos se basó en un activismo monetario fuerte que se expresa en una fuerte emisión de dólares. La abundancia monetaria repercute en bajos niveles de interés, lo que implica

## Las relaciones América Latina-China

Las relaciones con China se han convertido en un elemento clave de la política externa para la mayoría de los países de América Latina. En el plano del comercio, según explica un informe reciente del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) dedicado a analizar las barreras al intercambio entre ambas regiones, China ya es el segundo socio de América Latina, con casi 14% del comercio total. Para naciones como Brasil, Chile y Perú, el gigante asiático es, de hecho, el primer socio comercial.

Como es bien conocido, las exportaciones de América Latina (y en particular las de América del Sur) hacia China están concentradas en pocos productos, y estos se basan en recursos naturales agropecuarios o minero-hidrocarbúricos (México y Costa Rica exportan algunas manufacturas industriales a China, en base a esquemas de maquila). En tanto, las ventas chinas a América Latina están ampliamente diversificadas y se componen fundamentalmente de bienes industriales (según el citado informe del BID, China ya representa más de 20% de las importaciones de manufacturas de la región).

Más allá de la cuestión de la composición del comercio, otro dato relevante es que en 2015 el déficit comercial de América Latina con China pasó los 80.000 millones de dólares, y esta cifra es, por lejos, el mayor aportador al saldo negativo de las cuentas externas de la región en dicho año (datos de la edición 2016 del Panorama de la Inserción Internacional de América Latina y el Caribe que elabora la Comisión Económica para América Latina y el Caribe -CEPAL-).

Si nos concentramos en América del Sur, el mencionado trabajo de la CEPAL muestra que hay una estrecha correlación entre las exportaciones de la subregión y el dinamismo del Producto Interno Bruto en China. Esta asociación explica tanto una parte importante de la bonanza que atravesaron las naciones de América del Sur durante el *boom* de precios de los *commodities* (empujado en buena medida por China) como los problemas macroeconómicos que hoy enfrenta la mayoría de ellos.

Si bien la relevancia de China como fuente de inversión extranjera directa es menor que la que posee en el comercio, esta ha venido crecien-

do rápidamente. Estimaciones de la CEPAL indican que entre 5% y 6% del total de la inversión extranjera directa en América Latina entre 2010 y 2013 provino de China, en su mayoría concentrada en proyectos de petróleo y minería. Todo sugiere que la presencia de empresas chinas en la región seguirá creciendo en los próximos años, y expandiendo, además, los sectores de actividad involucrados.

China también se ha convertido en una importante fuente de créditos para algunos países (como Ecuador, Venezuela, Argentina y Brasil); incluso es vista por varios gobiernos como una alternativa a los socios tradicionales de la región (Estados Unidos y Europa) y a las organizaciones multilaterales en materia de acceso a fondos y cooperación técnica y financiera.

El gobierno chino también tiene como objetivo ampliar su influencia política y económica en América Latina, como lo han venido haciendo en Asia y África. Preocupaciones de seguridad alimentaria y energética están dentro del interés de China, así como el objetivo de asegurar y ampliar los mercados de la región y las oportunidades de inversión para las empresas chinas.

Este interés mutuo se ha reflejado en una serie de acuerdos firmados por China en la región, con Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, México, Perú y Venezuela (además de los tratados de libre comercio con Chile, Costa Rica y Perú). Estos acuerdos son diferentes en su naturaleza, pero pueden incluir, entre otros componentes, *swaps* de divisas, préstamos bilaterales y cooperación en ciencia, tecnología, infraestructura y otras áreas.

El hecho es que la influencia de China en la región está aquí para quedarse y tendrá consecuencias a largo plazo para la región, que, hasta donde sabemos, no han sido examinadas en profundidad. En este escenario, queremos cerrar esta breve nota con algunas reflexiones breves, que son apenas parte de una agenda más vasta. a) El triunfo de Donald Trump abre la posibilidad de que el previsible menor interés de Estados Unidos en estrechar lazos comerciales y económicos en general con la región abra espacio para un todavía mayor peso de la influencia china. b) La región debe comenzar a negociar de forma más inteligente con el gigante asiático, y apuntar a diversificar más su

# Con rumbo en la incertidumbre

bajas tasas para empresas, lo que, a su vez, promueve la inversión productiva y el consumo. La contracara es el bajo rendimiento para las colocaciones financieras. En este sentido, el contraste con la reacción a la crisis de Europa, que apostó todo durante años a la austeridad fiscal, es fuerte y se expresa en que mientras Estados Unidos ya tiene niveles de desempleo menores que los de la precrisis, Europa aún se debate con niveles de desempleo escandalosos. Para un especulador como Trump, esta apuesta a la recuperación de la administración Obama es inaceptable. Así, una política monetaria mucho más restrictiva, que genere altas tasas de interés en Estados Unidos y atraiga grandes sumas de capital internacional (que se retraería de la inversión en nuestros países), es un riesgo serio, que implicaría mayores costos de financiamiento para nuestros países; es decir, tendríamos que pagar más intereses por la deuda externa y obtendríamos menos flujos de inversión extranjera.

En todo caso, y más allá de lo que efectivamente haga el gobierno Trump, parece claro que este giro hacia una derecha con discurso proteccionista en los países desarrollados marca un cambio de época de significación histórica, que podría estar señalando el fin de la segunda globalización y una nueva época de políticas más proteccionistas, una actitud militar más agresiva con múltiples imperialismos en disputa y menor cooperación internacional, semejante a lo que sucedió a principios del siglo XX y cuyas trágicas consecuencias deberían servir como inquietante advertencia. ■

**Fernando Isabella**

Director de Planificación de la Oficina de Planeamiento y Presupuesto.

canasta exportadora y a elevar el nivel de complejidad y diferenciación de los bienes que exporta. c) Si bien los aportes chinos para financiar obras de infraestructura son bienvenidos en la región, usualmente involucran compromisos de empleo de productos (en algunos casos, incluso personal) de origen chino, lo que perjudica a productores locales y regionales que podrían participar en dichas obras. Esto, por cierto, es parte de una cuestión más general, que pasa por cómo enfrentar la competencia china en los mercados, tanto locales como de terceros países, donde la industria latinoamericana compite con China. d) Finalmente, para aumentar las posibilidades de que las negociaciones con China resulten en un mejor balance costo-beneficio, los países de la región deberían comenzar a coordinar más intensamente sus decisiones y estrategias de asociación con aquel país, algo que ha brillado por su ausencia hasta el momento. ■

**Andrés López**

Investigador de la Universidad de Buenos Aires y del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina, e integrante de la Red Sudamericana de Economía Aplicada.

Si en algo es claro el impacto inicial del resultado electoral de Estados Unidos es en que ha recrudecido la incertidumbre en el mundo. Sea por los anuncios del presidente electo de ese país, Donald Trump, en relación con un énfasis proteccionista (con un claro talante populista), sea por sus cuestionamientos al manejo monetario de la Reserva Federal, el piso se está moviendo con más intensidad. Dicho sea de paso, parecía que los impulsos de debilitamiento institucional en cuanto a los roles bancocentralistas y regulatorios eran privativos de los países subdesarrollados, pero, evidentemente, eso también pasa en la potencia del norte. Los efectos sobre los mercados financieros internacionales, ya bastante volátiles desde la crisis financiera de 2008, no se hicieron esperar. La situación de estas semanas refleja un “ruido” considerable, que dificulta la toma de decisiones financieras y no permite sacar conclusiones rápidas con respecto a las tendencias que se verán en los próximos meses.

Cuánto de lo que propuso en la campaña electoral podrá Trump implementar dependerá de las restricciones institucionales de la economía, la política y la sociedad estadounidenses. Y eso es muy difícil de pronosticar por el momento.

Si a esto le sumamos los ingredientes que Europa adiciona al ambiente volátil e incierto, tales como el triunfo del Brexit, los impulsos populistas de derecha en Francia y otros países del viejo continente, las consecuencias del referéndum constitucional en Italia, etcétera, vemos que desde allí tampoco hay factores de estabilidad que permitan ser demasiado optimistas en la materia.

Y es que, a lo mejor, aquello de “It’s the economy, stupid!” sigue teniendo vigencia: las crisis y las recesiones en los países desarrollados, el desempleo, la pérdida de ingresos y de casas, etcétera, pueden ser lo que traen estos lodos en la arena política, con populismo, xenofobia, encierro y primitivismo.

La debilidad de las economías avanzadas fue compensada en los años anteriores con un fuerte incremento de la demanda de los llamados “países emergentes”, con el BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) a la cabeza. Lamentablemente, de esas cinco economías pujantes, ya hace un buen tiempo que sólo quedan dos tirando del carro: China e India. Si bien la economía china se ha desacelerado, aún mantiene un ritmo de crecimiento que permite sostener niveles de demanda y precios atractivos de bienes estandarizados (*commodities*), particularmente para los rubros que exporta Uruguay. Esto se debe a que dicha desaceleración no es homogénea en todos sus componentes: las exportaciones y la inversión se han enfriado más que el consumo doméstico, entre otras cosas por decisiones de viraje del patrón de desarrollo aprobadas en el congreso del Partido Comunista. Por lo tanto, el desplome de precios ha sido más pronunciado en los bienes energéticos, minerales y metales que en los alimenticios. La reducción de los precios de nuestras exportaciones se debe más a un efecto “de unidad de medida” que a una menor demanda global. El fortalecimiento del dólar que ha operado desde mediados de 2013 ha hecho que los mismos valores de exportación se expresen en un número menor en dólares, y ese es un efecto global.



Más allá de que la situación de China contribuye a estabilizar las relaciones comerciales, eso no está exento de riesgos, sobre todo asociados al funcionamiento de su sistema financiero. Este no se conoce en profundidad, pero muestra tendencias que generarían preocupación en cualquier parte del mundo: el despliegue amplio de la banca en las sombras (*shadow banking*) y el rápido incremento del crédito interno, que hoy equivale a dos veces y media su Producto Interno Bruto (PIB). Sólo para tener como referencia de evaluación de riesgos, el crédito en Uruguay no llega a representar 30% del PIB. El mercado de capitales en el milenario país también es foco de preocupación. Basta recordar la volatilidad que transmitió cuando la Bolsa de Shanghai experimentó una burbuja financiera con su correspondiente “explosión”, sumado a la inexperiencia de las autoridades chinas para afrontar ese tipo de eventos. Ese hecho llevó a un aumento en la aversión al riesgo de todos los países emergentes en los mercados internacionales.

Cabe destacar que, si bien hoy el dólar es más potente que hace tres años, el proceso de fortalecimiento tendencial (que es el previsible en base a un crecimiento más consistente de la economía estadounidense y del gradual incremento de las tasas de interés) está lejos de ser lineal y se procesa con una evolución extremadamente volátil, dado que responde “violentamente” tanto a datos de coyuntura económica como a información de los procesos políticos en los países desarrollados. Los capitales vuelan hacia instrumentos en dólares en momentos de mayor incertidumbre, aunque la fuente de esa incertidumbre esté en el propio Estados Unidos, paradójicamente.

Ese ir y venir de los capitales hacia países emergentes (ahora de forma más “discriminada” a favor de aquellos que han mostrado más resiliencia para afrontar los cambios en el entorno global) genera desafíos permanentes para el manejo macroeconómico y financiero. En el caso de Uruguay, se ha podido navegar en estas aguas turbulentas con razonable serenidad, dado que se había conformado una plataforma financiera basada en el enfoque de la administración de los riesgos, pilar imprescindible en el mundo de hoy.

Este soporte de *risk management* es el complemento central de una política económica diseñada a partir del balance de objetivos (estabilidad de precios, competitividad, estabilidad financiera, sustentabilidad de las cuentas públicas) y de la consistencia de políticas (fiscal, monetaria, comercial, de ingresos, financiera, etcétera).

La región no ha sido un factor que contribuyera de manera sustancial a la estabilidad externa y al crecimiento de nuestra economía. Mirada de manera conjunta, hace un quinquenio que no crece (incluso Brasil ha caído sensiblemente en los últimos dos años). En el corto plazo, hay algún impacto positivo por la reversión de las medidas distorsionantes que se instalaron en Argentina (dualidad y cepo cambiario, limitaciones a las importaciones, recargos al uso de tarjetas en el exterior, medidas administrativas que obstaculizaban los trasbordos en puertos uruguayos, etcétera). De todas maneras, eso no puede impedirnos ver la constelación de riesgos latentes en la macroeconomía argentina (alta inflación, alto déficit fiscal, falta de crecimiento, etcétera), que debería ser atacada a la brevedad, lo cual se ve complicado por la cercanía de las elecciones de medio período. El caso de Brasil no luce más prometedor. Los problemas macroeconómicos y financieros (caída del producto, inflación creciente, altísimo déficit público, mayor desempleo, pérdida del grado de inversión, etcétera) se potencian por la situación política, que lejos está de resolverse y de arrojar señales de estabilidad. Todo lo contrario, a la indignante expulsión de la presidenta Dilma Rousseff ha seguido una serie de episodios que muestran la incapacidad de “reordenar la casa”, en un contexto de debilitamiento institucional y de denuncias de corrupción generalizadas.

Aun en un marco volátil e incierto, plagado de riesgos a nivel internacional y regional, la economía uruguaya no ha parado de crecer, aunque acompañando la desaceleración global. Tanto el gobierno como los analistas privados, los organismos multilaterales y las calificadoras de riesgo estiman que 2016 será el año de menor crecimiento del PIB y que las perspectivas de los próximos años implican tasas sensiblemente más decentes.

Una vez más, al igual que en oportunidad de la crisis financiera internacional de 2008-2009, de los efectos de los problemas en Europa de 2011-2012 y de los cambios en el contexto global a partir de 2013, la economía uruguaya muestra fortalezas. Estas fueron construidas de manera consciente a partir de políticas y estrategias de mitigación de vulnerabilidades y el impulso a las capacidades productivas y sociales, aprovechando un contexto global que, a pesar de lo mencionado, ofrecía oportunidades. Los temas que quedan por resolver siguen siendo relevantes y no están exentos de dificultades de diversa naturaleza; allí, justamente, reside el desafío. Pero, nuevamente, podemos navegar con serenidad sobre una plataforma que ya ha mostrado su resiliencia y que nos permite ser optimistas para el futuro cercano.

**Mario Bergara**

Presidente del Banco Central del Uruguay.

# Trump y el futuro del regionalismo latinoamericano: dos oportunidades y una moraleja

Muchos analistas temen que el triunfo de Donald Trump en las elecciones estadounidenses ponga al mundo y a la región al borde de una crisis. Ciertamente, las políticas proteccionistas y xenófobas que ha anunciado pueden causar en lo inmediato serios problemas para el ingreso de exportaciones e inmigrantes de América Latina hacia Estados Unidos. Sin embargo, siendo optimistas, aquí se intentará hacer fuerza y desentrañar algunas posibles consecuencias positivas que la nueva situación puede tener en el mediano y el largo plazo para el sistema mundial y, en particular, para el regionalismo latinoamericano.

Este optimismo es especialmente pertinente en la actual coyuntura de reacción conservadora. 2016 fue, en este sentido, un año bisagra. A nivel mundial, el triunfo de Trump y el Brexit amenazan con una radicalización de las políticas conservadoras y antimigración en los países más poderosos que lideran el actual *statu quo* internacional. A nivel continental, la situación no mejora: la derecha asume el gobierno en Argentina y Brasil, hay incógnitas sobre el rumbo de los procesos nacionales en Venezuela y Nicaragua, y se inicia un ajuste generalizado en toda la región.

Estas situaciones impactan fuertemente en el proceso de construcción regional que en la última década lideraron estos mismos países, en el marco del llamado "regionalismo poshegemónico" o "posneoliberal" latinoamericano. Este dio lugar a una serie de organizaciones regionales, como la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur), la Alternativa Bolivariana para las Américas (Alba) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac). Con estas, por primera vez desde la creación de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, los países latinoamericanos conforman organizaciones internacionales que excluyen deliberadamente a Estados Unidos de su membresía y se proponen objetivos alternativos a las recetas promovidas por este: desde priorizar la superación de la pobreza o el fortalecimiento del Estado hasta abandonar la guerra a las drogas o negociar en La Habana un acuerdo de paz para Colombia con garantías latinoamericanas. Lamentablemente, en 2016 este proceso regional parece apuntar nuevamente hacia formas más neoliberales y conservadoras. Sin embargo, hay cierta esperanza en que los cambios que Trump ha anunciado tengan como efecto colateral el reencauce de dicho proceso de construcción regional, al posibilitar el fortalecimiento de la autonomía de la región frente a Estados Unidos, porque facilitarían la articulación entre experiencias periféricas y permitirían la generación de nuevas subjetividades políticas transnacionales. Veamos cómo sería esto.

## Oportunidad 1: profundizar la autonomía de América Latina frente a Estados Unidos.

En primer lugar, el gobierno de Trump puede significar una oportunidad para

que América Latina gane mayor autonomía en el sistema internacional, frente a la tradicional influencia y el contralor yanquis sobre el hemisferio. Esto obviamente no responde a una política específica del nuevo gobierno para la región. Más bien sería un efecto colateral de la retirada generalizada que este prevé de los ámbitos multilaterales, sobre los que se basa parte de la construcción de la hegemonía internacional estadounidense, de la que América Latina históricamente es cautiva. A nivel global, tal retirada puede dar lugar a un nuevo escalón en la pérdida de capacidad hegemónica de Estados Unidos, ante la intención manifiesta de apostar al unilateralismo y el bilateralismo en detrimento del multilateralismo y el ejercicio de un liderazgo internacional, que, desde el punto de vista de Trump, implica altos costos en las concesiones corporativas que otorga a sus socios. En este marco se ubican la anunciada retirada de acuerdos sobre cambio climático, la merma en la asistencia militar a la Organización del Tratado del Atlántico Norte y la negociación de los megaacuerdos comerciales. Esta estrategia puede alcanzar diferentes resultados en diferentes coyunturas. Y es claro que el margen de Trump para imponer el unilateralismo no es similar al que tenían Ronald Reagan y George Bush padre, por ejemplo. En la coyuntura actual, las primeras reacciones son de preocupación entre sus socios y optimismo en las potencias desafiantes (especialmente China y Rusia).

Quizás, el mejor ejemplo sean las negociaciones de megaacuerdos comerciales, como el Tratado Transpacífico (TPP, por sus siglas en inglés) y el Tratado Transatlántico de Comercio e Inversiones. Estos acuerdos, promovidos por el gobierno de Barack Obama y negociados en el más absoluto secreto, parecían ser el destino de la globalización económica liderada por la hegemonía mundial estadounidense, luego de la falta de acuerdo en las negociaciones multilaterales en la Organización Mundial de Comercio (OMC). Ahora, Trump ya ha anunciado la retirada de dichas negociaciones, en favor de políticas proteccionistas que beneficien la producción estadounidense. Frente a esta situación, muchos de los países participantes de las negociaciones del TPP plantearon que China ingrese al acuerdo, posibilidad que fue acogida con optimismo por el presidente chino, Xi Jinping, en la reciente Cumbre del Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico, en Lima. El caso de China resulta notable: recién en 2001 ingresó a la OMC, es decir, hace menos de dos décadas que adhirió a las normas internacionales impuestas por la hegemonía estadounidense, y hoy ya aparece como alternativa para liderar las negociaciones comerciales en la región más dinámica de la economía mundial. Y no sólo es una pretensión: los países de la región parecen dispuestos a legitimar el nuevo liderazgo (incluso socios tradicionales de Estados Unidos en el Pacífico, como Australia).

A su vez, la alternativa que Trump propone a los megaacuerdos también es expresiva sobre la falta de voluntad de liderazgo: apostar a los tratados de libre comercio bilaterales. Obviamente, el bilateralismo fortalece en lo inmediato la posición de la parte más poderosa, pero sacrifica cualquier ambición de universalidad. Justamente, esta política de renuncia al multilateralismo en favor del bilateralismo fue una de las condiciones de posibilidad para el surgimiento del regionalismo poshegemónico latinoamericano. Es común en parte de la izquierda vernácula lamentar que, luego del fracaso del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), Estados Unidos igual se haya impuesto en la región por medio de tratados de libre comercio. Sin embargo, tal razonamiento omite la importancia que las organizaciones internacionales tienen en la construcción de consensos. Con el rechazo al ALCA, Estados Unidos perdió su capacidad de mantener a la región alineada, lo que dio lugar al nuevo regionalismo latinoamericano, cuyas instituciones hoy son, justamente, los interlocutores privilegiados de China en la región (por ejemplo, el Foro China-Celac). En otros términos, la articulación bilateral con varias particularidades es una tarea mucho más accesible que liderar a un conjunto mayor con ambiciones de universalidad. Pero este costo menor se refleja en un menor potencial para generar alineamiento y construir una totalidad. Y esto abre para América Latina un abanico de nuevas oportunidades de inserción en el sistema internacional, con mayor autonomía, sin los constreñimientos que impone la hegemonía estadounidense.

## Oportunidad 2: superar las divisiones en el regionalismo latinoamericano.

Pasando más directamente a nuestro continente, los cambios anunciados por Trump pueden suponer una oportunidad para superar dos grandes divisiones que afectaron a América Latina durante la última década. Por un lado, hay una división entre la América Latina pacífica y la atlántica: la primera mantuvo y redobló la apuesta aperturista, mientras que la segunda mantuvo políticas proteccionistas y -al menos teóricamente- de integración productiva. Esta división, que aplica a la mayoría de los países de uno y otro lado del continente, también se refleja en los procesos de integración regional: la Alianza del Pacífico, de un lado, y la Alba y el Mercosur ampliado, del otro. En los últimos dos años, a partir de la decisión manifestada por los segundos de sumarse al dinamismo negociador del Pacífico, esta división parece estar desdibujándose. No obstante, en la medida en que Estados Unidos se aleje de las negociaciones multilaterales transpacíficas y China pueda liderarlas, no parece improbable que estas asuman un nuevo patrón de adhesión, en el que la apertura irrestricta mediante levantamiento de aranceles deje de ser el principal criterio para incorporarse al acuerdo. De hecho, la importancia

de los vínculos comerciales y políticos entre China y los países atlánticos de América Latina puede sumar mayor expectativa en tal sentido.

Por otro lado, en la última década también se ha verificado una creciente divergencia de caminos entre la América Latina del norte y la del sur. Si recién se mencionaba la creciente autonomía conseguida por los países latinoamericanos, también debe decirse que esta experiencia es mucho más fuerte en Sudamérica, pues México, Centroamérica y el Caribe aún permanecen muy ligados a Estados Unidos. Diversas cuestiones han influido en esto: la importancia en esta región de fenómenos como la maquila, las remesas y el turismo, el recelo brasileño hacia la competencia del liderazgo mexicano, así como su desinterés por entrar en una disputa con Estados Unidos en su patio trasero, y la prioridad estadounidense de mantener un mayor dominio sobre su *hinterland*, por motivos geopolíticos o de seguridad (control de migración y narcotráfico). Eso hizo que Sudamérica ganara validez como unidad geopolítica, por sobre el tradicional apelo a la Patria Grande (la Unasur es reflejo de esto). Sin embargo, la propuesta de Trump de construir un muro en la frontera con México es representativa sobre el futuro del Tratado de Libre Comercio de América del Norte y, más en general, sobre los problemas venideros en el vínculo de aquella región con Estados Unidos. En este punto, las políticas de Trump pueden representar una oportunidad para recuperar la unidad latinoamericana como dimensión geográfica de nuestro horizonte emancipatorio y al bolivarianismo como fuente de sentido para nuestra experiencia integracionista.

## Oportunidad 3: construir nuevas subjetividades políticas transnacionales.

Por último, hay una tercera cuestión que, más que una oportunidad, es una moraleja que tanto el triunfo de Trump como el Brexit pueden dejar para la experiencia latinoamericana. Ambos han sido interpretados como movimientos populistas de derecha, cuyos discursos proteccionistas y xenófobos logran interpelar el descontento de amplios sectores de Estados Unidos y Reino Unido con la globalización y la defensa que de ella hace el *mainstream* político, al asumirla como destino inevitable para la humanidad. De esta forma, ambos encarnarían cierto decisionismo político, frente a la mera administración que representa el mencionado *mainstream*. Por supuesto, no significa que Trump y el Brexit sean la única alternativa, sino que concretamente son las alternativas que, en dos casos puntuales, lograron imponerse en las urnas al interpelar a estos sectores y movilizar los sentimientos que la identidad nacional todavía genera frente a la amenaza foránea.

No tiene sentido cuestionar la legitimidad del descontento popular con los efectos nocivos de la globalización y con la desidia del sistema político. Sin embargo, es cuestionable que los

# La izquierda y la reconfiguración del poder mundial

estados nacionales sean la entidad más adecuada para ofrecer una respuesta al respecto. Esto se hace mucho más dudoso para el caso de los estados latinoamericanos, más débiles en términos relativos que Estados Unidos y Reino Unido.

Esto nos lleva nuevamente al regionalismo como alternativa. Autores como Björn Hettne (que se basa en las ideas de Karl Polanyi) plantean que el regionalismo puede ser una segunda respuesta por parte de las sociedades a la agresividad de los impulsos globalizadores del capitalismo (luego de que el Estado de bienestar fuera una primera reacción, a mediados del siglo XX). En estas latitudes, la teoría de Alberto Methol Ferré sobre los estados continentales guarda similitudes con esta idea. La integración regional parece ser la alternativa para nuestras sociedades periféricas, mucho más expuestas a los abusos de la globalización. La cuestión, entonces, es cómo evitar la misma situación de Reino Unido y Estados Unidos, donde los procesos de apertura a la región fracasaron por una creciente distancia entre el pueblo, por un lado, y la tecnocracia y la clase política, por otro.

La evaluación de los avances en los procesos de construcción regional latinoamericana en la última década puede no ser la mejor. Es un lugar común lamentarse de “la sopa de letras” de organizaciones que produjo el regionalismo poshegemónico. Sin embargo, esta perspectiva pierde de vista la cuestión del largo plazo en el que se dan las transformaciones en el sistema internacional. Se trata no sólo de lograr los acuerdos de los respectivos gobiernos nacionales, sino también de incorporar mecanismos de articulación popular que den lugar a la emergencia de una subjetividad política de carácter regional. Eventualmente, esta podrá articularse con otras posicionalidades periféricas, con las que compartimos inquietudes y urgencias, como la inclusión de millones de personas a estándares de vida mínimamente aceptables por la modernidad. La articulación de un sur global, por medio de grupos como BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) u otros mecanismos, es también una incipiente tentativa en tal sentido, aunque ya mucho más ambiciosa que la articulación regional.

Por ahora, si se logra que América Latina vuelva a ser nuestro horizonte emancipatorio y que, como región, active afectos e identidades y movilice a los pueblos, de la misma forma que lo consiguen hacer los estados nacionales, ya se habrá dado un paso fundamental. Estos parecen ser, por ahora, los principales desafíos para aprovechar realmente las oportunidades que el gobierno de Trump puede estar generando. ■

**Diego Hernández**

Profesor de Estudios Internacionales de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República.

Suele repetirse, ya como una vulgata universal, que la globalización llegó para quedarse, pero, contradictoriamente, la realidad muestra la debilidad alarmante de las instituciones que hemos creado para evolucionar hacia una “gobernanza” global en un sentido universalista y democrático. Aun cuando estamos dotados, como especie, de una conciencia moral que nos permite comprender el bien común y de los conocimientos científicos suficientes para alcanzar los medios materiales que lo hagan posible, la realidad predominante es el conflicto, la desigualdad, la degradación de la convivencia social y la destrucción de fuentes de vida.

Esta realidad no es un “estado inmutable”, es sólo el cuarto siglo de vida de una formación económico-social basada en el modo de producción capitalista, momento actual del séptimo milenio de historia escrita de la humanidad. En medio de su alucinación inmoral y soberbia, los dueños del poder proclamaron a fines del siglo XX el fin de la historia. El dominio eterno del orden establecido. La respuesta impostergable es una proclama planetaria de la izquierda: forjar la realización consciente de un nuevo orden mundial justo, necesario y posible.

Estos 7.000 años de historia humana nos enseñan que lo que la historia crea la historia lo superará. Aunque el movimiento no es lineal, sino que se desarrolla por medio de retrocesos relativos que implican incluso hondos y masivos dramas humanos, hay un curso histórico hacia formas superiores de civilización que la fuerza de la lucha de los pueblos puede alcanzar.

Pero encontrar ese curso implica desentrañar las claves del poder que es preciso remover y transformar. La resolución política marca el sentido de cada etapa, y el poder es la lógica fundamental e imperturbable de la política. Por tanto, implica a la vez el control de los factores que lo componen, y la construcción de la correlación de fuerzas y las alianzas necesarias para ejercerlo.

En la década del 90, a fines del siglo XX, ya se habían constituido las características principales que darían lugar a lo que actualmente suele llamarse “sistema-mundo”, con su desigualdad, su inestabilidad, su portentosa creación científico-técnica y su compleja geopolítica a la búsqueda de una configuración multipolar del poder global, que haga posible asumir los compromisos indispensables (en base a equilibrios de fuerza y compensación de intereses) para enfrentar esta verdadera crisis de civilización en la que estamos inmersos.

La otra vía, la que el capitalismo central ha utilizado hasta ahora en la periferia del mundo, es el golpe, la dictadura, el bloqueo, las sanciones o la guerra.

Samir Amin, en su libro de 2001 *Más allá del capitalismo senil*, trazaba el siguiente cuadro conciso:

“El retorno al liberalismo mundializado, a partir de 1980, la adhesión de los socialdemócratas europeos a las tesis liberales, la ofensiva hegemónica retomada por Washington inmediata-

mente después del derrumbe soviético y las sucesivas guerras del Golfo, de Yugoslavia y de Afganistán, obligan hoy a repensar la cuestión del imperialismo. Pues tanto en el plano de la gestión de la mundialización económica liberal, como en el de la gestión política y militar del orden mundial, los estados de la Tríada central (los EEUU, Europa y Japón) constituyen un bloque aparentemente sólido dirigido por Washington sin que nadie se oponga a ello.

No hay ningún proyecto que apunte a limitar el espacio sometido al control de los Estados Unidos, como era el caso en la época del bipolarismo (1945-1990), el proyecto europeo mismo ha entrado en una etapa de eclipse; los países del sur (el grupo de los 77 no alineados) que a lo largo del periodo de Bandung (1955-1975) habían abrigado la esperanza de oponer un frente común al imperialismo occidental, han renunciado a ella; China misma, que optó por la estrategia solitaria, sólo tiene la ambición de proteger su proyecto nacional y no se propone como socio activo para modelar el mundo.”

Esta pincelada geopolítica de 2001 da cuenta de los intensos cambios en las dos décadas finales del siglo XX, pero sirve también para evaluar los cambios en curso en las primeras dos décadas del siglo XXI.

La crisis de 2008 (crisis de acumulación o de reproducción ampliada del capital) es un punto de recomposición de movimientos de las potencias dominantes y una marca histórica obligada de reflexión estratégica sobre la nueva realidad.

La concentración de riqueza y poder en manos de las transnacionales gigantes y fusionadas ha seguido consolidándose, más aun después de la crisis. Ladislau Dowbor lo define del siguiente modo en un artículo reciente: “El poder corporativo se sistematizó, capturó una a una las variadas dimensiones de la expresión y el ejercicio del poder, y esto dio lugar a una nueva arquitectura del poder realmente existente”. Las corporaciones de la comunicación y la información son parte de esta arquitectura.

Dentro de esa realidad, la financiarización del mundo, pese a las anunciadas regulaciones y políticas de transparencia global, se ha desplegado de tal modo que la plusvalía financiera se ha convertido en la principal forma de apropiación de la renta y la riqueza.

Las potencias capitalistas han abandonado el multilateralismo para imponer bajo la presión de su poder la negociación de las reglas de comercio, inversión, control económico del conocimiento, normas técnicas, e imponer condiciones a la capacidad regulatoria de los estados soberanos en su propio territorio, así como límites a su propia jurisdicción nacional, además de fijar las agendas de negociación en función de sus intereses ofensivos.

La intensa militarización continúa su marcha, no sólo por razones de poder militar, sino también por el impacto económico de la investigación y el desarrollo en el complejo tecnológico militar y de la producción y comercialización de armamento en todo el

mundo. Militarización que incluye la ocupación y el control de las áreas de recursos estratégicos desde la modalidad de “baja intensidad”, que consiste en la eliminación sistemática de líderes ambientalistas, campesinos y sindicatos, así como de periodistas y docentes, tal como ocurre hoy en América Latina, hasta la guerra misma, impuesta para mantener la “inestabilidad estratégica” en las zonas del mundo donde se quiere evitar la consolidación de estados nacionales soberanos a fin de fracturar el poder geopolítico y mantener el control. Los Balcanes, el Cáucaso, Medio Oriente, Asia Central y diversas regiones de África han vivido y viven esta realidad.

La crisis, que ya lleva ocho años, rompió cualquier esperanza de progreso de una gobernanza multilateral. Y timoneada por el G7 (los países más ricos y las corporaciones más poderosas del capitalismo), no ha hecho más que aumentar la tensión geopolítica y militar.

Las potencias intentan ordenar la reactivación capitalista mediante la adopción de los llamados “acuerdos megaregionales”, de alcance global. Curioso nuevo tipo de derecho internacional de las naciones, redactado por las corporaciones. Pero este diseño de geoeconomía global debe enfrentar nuevos factores políticos y geopolíticos propios de esta segunda década del siglo XXI: la emergencia y consolidación de China como la otra primera potencia mundial y su propio despliegue global; el “regreso” de Rusia al tablero de la geopolítica internacional; el diálogo India-China, que podría llevarlos a un acuerdo de asociación de alcance mundial. Los megacuerdos de estos actores son parte de la configuración de un nuevo cuadro de poder multipolar en construcción, que ya se avizora con claridad.

El cuadro debe además mostrar la importancia de las sostenidas y crecientes inversiones y relaciones de China en África y América Latina. Esto fortalece la autonomía de estos continentes para buscar vías de desarrollo. Pero se hace necesario tratar con rigor nuestra situación sudamericana.

América del Sur, con su historia e identidad común, con su nítida geografía, con sus 400 millones de habitantes y sus prodigiosas riquezas, sigue siendo el continente que se niega a ser algo en el mundo. Todos sus proyectos de integración han fracasado desde hace medio siglo, y en esta etapa también. Cada uno de los países sigue siendo una economía paralela, cada cual con su inserción individual y subordinada en el escenario global.

La izquierda continental tiene que producir una explicación profunda del fracaso y una estrategia posible para pagar esta deuda que todavía tenemos con nuestra sociedad. La izquierda que se convirtió al liberalismo está asistiendo a su propio entierro, pero aquella que todavía lucha en el mundo para lograr en esta reconfiguración del orden mundial una verdadera democratización-desconcentración del poder, conquistada por la movilización de los pueblos, tiene mucho para decir. ■

**Roberto Conde.**



## Me aburrí de este futuro y se va todo a la mierda

Imaginemos que Donald Trump lleva adelante la agenda que propuso en su campaña electoral: impone tarifas a las importaciones chinas, detiene la inmigración latinoamericana que provee a Estados Unidos de trabajo barato, recorta el financiamiento de la defensa de los aliados militares en Europa y el Lejano Oriente, y retira a Estados Unidos de las negociaciones de tratados de libre comercio. Sería el fin del orden neoliberal.

Trump desplegó estas propuestas mientras hacía campaña y se presentaba como el portaestandarte de la clase trabajadora estadounidense. Sin embargo, su gabinete, lleno de banqueros y CEO, parece desmentir este espíritu. Trump encarna una revuelta populista contra las elites económicas y políticas, al mismo tiempo que se prepara para presidir un gobierno ejercido directamente por sus miembros. Esto hace pensar que su programa proteccionista fue solamente un transformismo electoral; después de todo, no sería la primera vez que cambiara de opinión y simulara nunca haber sostenido la posición inicial.

Pero existe una solución a este problema, y sería que por alguna razón una fracción de la clase capitalista estadounidense estuviera también descontenta con el neoliberalismo. Si pensamos con el esquema de las últimas cuatro décadas, esto no tendría sentido. El neoliberalismo, después de todo, es por lo menos en parte un régimen internacional creado y defendido por el Estado estadounidense para defender los intereses del capital de ese país.

Esta arquitectura internacional está compuesta por los organismos de crédito, los tratados de libre comercio y la protección de inversiones y acuerdos militares que mantienen al mismo tiempo la *pax americana* y los flujos de capital que fuerzan a los estados a competir entre sí por captar inversiones, evitando asustar a “los mercados”. El neoliberalismo es, entonces, al mismo tiempo un sistema institucional de protección de la movilidad del capital y las mercancías, y la fuerza que mantiene la primacía de los intereses estadounidenses.

¿Pero si estuviéramos en una situación en la que estas dos cosas no coincidieran? ¿Si los estadounidenses, ricos y pobres (blancos), llegaron a la conclusión de que el régimen neoliberal los perjudica más que lo que los beneficia? Pareciera que, en el régimen de competencia por las inversiones, los países con menores salarios, más voluntad de destruir su medio ambiente, menos democracia política y más capacidad de dirigir la economía desde el Estado (es decir, China) llevan ventaja.

Estamos asistiendo, en todo el primer mundo, a una revuelta contra las políticas de austeridad y las competencias de la desindustrialización. En Grecia, la revuelta se dio por izquierda (y fue aplastada); en otros lugares de Europa, es canalizada por derechas racistas y antiglobalistas; en Gran Bretaña e Italia, se expresa en derrotas de las elites neoliberales en plebiscitos.

Las izquierdas primermundistas convencionales son incapaces de canalizar el descontento antineoliberal,

por la sencilla razón de que están profundamente comprometidas con el proyecto neoliberal, incluso más que las derechas. El laborismo británico (antes de la victoria de Jeremy Corbyn), el socialismo francés y el español, la socialdemocracia alemana y los demócratas italianos y estadounidenses responden a la desesperación de sus trabajadores precarizados y endeudados con optimismo multicultural y buentipismo onuísta. A falta de pan, buenas son las tortas.

Dice Slavoj Žižek que Walter Benjamin dijo que todo fascismo nace de una revolución frustrada. El fascismo de Trump y las ultraderechas europeas no son la excepción. Existe una mayoría social en el primer mundo dispuesta a dejar atrás al neoliberalismo, pero es una mayoría compuesta por trabajadores dispersos, segregados y difíciles de organizar gracias a la propia lógica de la economía neoliberal. En el 18 brumario de Luis Napoleón Bonaparte, Karl Marx señala que quienes no pueden representarse deben ser representados. Y en este caso, la izquierda se niega a representarlos. La mesa para el fascismo está servida.

Fascismo del que, por supuesto, no se puede esperar nada bueno. Además de entregar a los trabajadores descontentos para que sean nuevamente abusados por una clase empresarial que se mantiene en el poder, va a aumentar el riesgo de guerras interimperiales y buscar chivos expiatorios entre minorías religiosas, sexuales, raciales y étnicas, con el riesgo adicional de que la izquierda neoliberal le haga el juego, acusando a los trabajadores

de racistas, mientras trabaja para que las minorías sean hegemonizadas por tecnócratas y emprendedores, en lugar de buscar coaliciones y didácticas políticas que generen alguna forma de unidad popular.

Para la izquierda, elegir entre la competencia económica de la “normalidad” del régimen neoliberal y la competencia militar de la geopolítica de los nacionalismos enfrentados es imposible. Porque en el fondo son lo mismo: formas de hegemonizar a los pueblos detrás de “intereses nacionales” que van contra los intereses de la humanidad y a favor de los del capital.

Elegir entre una clase obrera fascista y una tecnocracia diversa también es imposible. Porque, nuevamente, se trata de un espejo. Esta elección sólo es planteable si ya se está dentro del pensamiento fascista, que no reconoce la existencia de la diversidad al interior de la clase trabajadora ni los vínculos entre la explotación capitalista, el racismo, el patriarcado y la destrucción de la naturaleza.

La caída del consenso neoliberal que incluye a las “centroizquierdas” presenta una oportunidad para crear izquierdas que entiendan estos problemas, oportunidad que sólo puede ser aprovechada con una gran imaginación política, que abandone el posibilismo, recree al internacionalismo y entienda que no hay avances posibles sin la construcción urgente de teorías y prácticas de unidad antiimperialista y antifascista. ■